AÑO XXVII. — Nº 1371.

EL DIA

MONTEVIDEO, ABRIL 26 DE 1959.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



DESASTRE Y EMERGENCIA.
Fotografía Juan Caruso

La antigua iglesia llamada de San Ramón, en la zona de Paysandú, da la cota del nivel alcanzado por la inundación. El río Uruguay anegó bajo impulso gigantesco de sus aguas la ciudad, resuelta ya a vencer la destrucción con indoblegable voluntad.



Incertidumbre sobre Mercedes. Así se veía la bella ciudad de los cerrillos chanáes en la mañana del 19 de abril, bajo un cielo gris, con las aguas ya cubriendo toda la población de la ribera.

LA vida se está haciendo difícil para los uruguayos. El país ha entrado en un periodo en que por extraño encadenamiento de hechos y circunstancias, se ve obligado a enfrentar situaciones propias de una nación en guerra. Encarecimiento, escasez, una permanente convulsión social y económica, agio y especulación.

En este proceso de calamidades, el desastre nacional de las inundaciones ha llevado las cosas al tope. Como si lo anterior no fuera suficiente, medio país bajo agua en el más grande cataclismo pluvial que se recuerda en el Uruguay, nos ha conducido a una situación que nuestra gente sólo conocía por la crónica y nunca por trágico realismo personal.

Veinticuatro horas después de cesar el azote incesante de dos semanas de lluvias diluviales, el periodista que voló sobre el territorio nacional en una travesía inolvidable, presenció un indescriptible espectáculo. Cinco horas en avión desde Montevideo, por Mercedes, Paysandú, Salto, Artigas, Tacuarembó, Río Negro, Treinta y Tres, dieron una dimensión del desastre que está bien reflejada en la colección fotográfica que acompaña esta nota.

El doloroso sacrificio que empezó con la ciudad de Artigas ha tenido una trágica secuencia. Situado en el ángulo confluencial de la cuenca del Plata, el territorio uruguayo ha pagado tributo como nunca a su posición geográfica, junto con la Mesopotamia argentina, también sumida en la inundación. Engrosando desde las latitudes brasileñas de Santa Catalina, el río que nos dio el nombre descendió al estuario como un coloso enfurecido y su sabía nutriz de los tiempos de paz se transformó en arma de muerte, destrucción y miseria. Dos grandes ciudades progresistas yacen a medias bajo

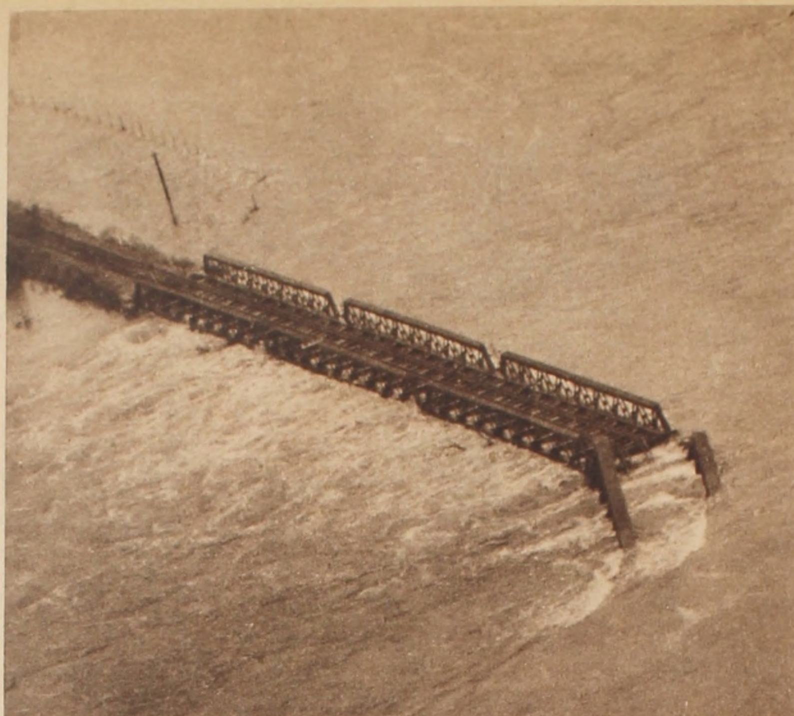
DESASTRE Y EMERGENCIA

El 19 de abril por la mañana el gran puente de Paso del Puerto sobre el río Negro, orgullo de nuestra ingeniería vial, estaba ya casi sumergido bajo la enorme creciente; todavía no había sido volado el terraplén de contención de Rincón del Bonete.

Los rientes valles recostados a la represa, en la estrecha garganta de cemento que detiene el paso de 14 kilómetros cúbicos de aguas en amenazante y gigantesca presión.

La ciudad de Salto bajo las aguas. Se ha navegado en la vieja plaza salteña de la Iglesia, hecho nunca acontecido allí.

DESASTRE Y EMERGENCIA



El puente ferroviario sobre el Queguay destrozado por la inundación: ¿cuándo podrá restablecerse normalmente la comunicación ferrocarrilera del Sur con el Norte sanducero, Salto y Artigas?

el agua y necesitarán mucho tiempo para reponerse. Salto y Paysandú simbolizan en el litoral el desastre uruguayo. La Villa de Soriano, la más vieja población de la República, sepultada bajo el agua en la boca del Río Negro, representa el cataclismo sin precedentes en nuestra historia. Y en el centro del país, ese drama tremendo de Paso de los Toros que a todos acongoja, sintetiza la pérdida nacional, agobiada todavía por oscuras perspectivas, que la suerte aún indecisa de Mercedes plantea como duro interrogante. Cuando esta nota se haga pública, recién se sabrá qué ocurre con Mercedes y eso nos dará la medida de lo que el futuro reserva al país, porque en ello está involucrada la gran planta hidroeléctrica de Rincón del Bonete, pivot económico del cual, como los hechos los están demostrando, depende el setenta por ciento de la vida nacional.

*



Valiente, serena y eficaz ha sido la obra de nuestras fuerzas armadas frente al desastre nacional. Estos soldados representan el sacrificado trabajo que las ha hecho merecedoras a la gratitud del país, desde el más alto jefe hasta el más modesto hombre de tropa.

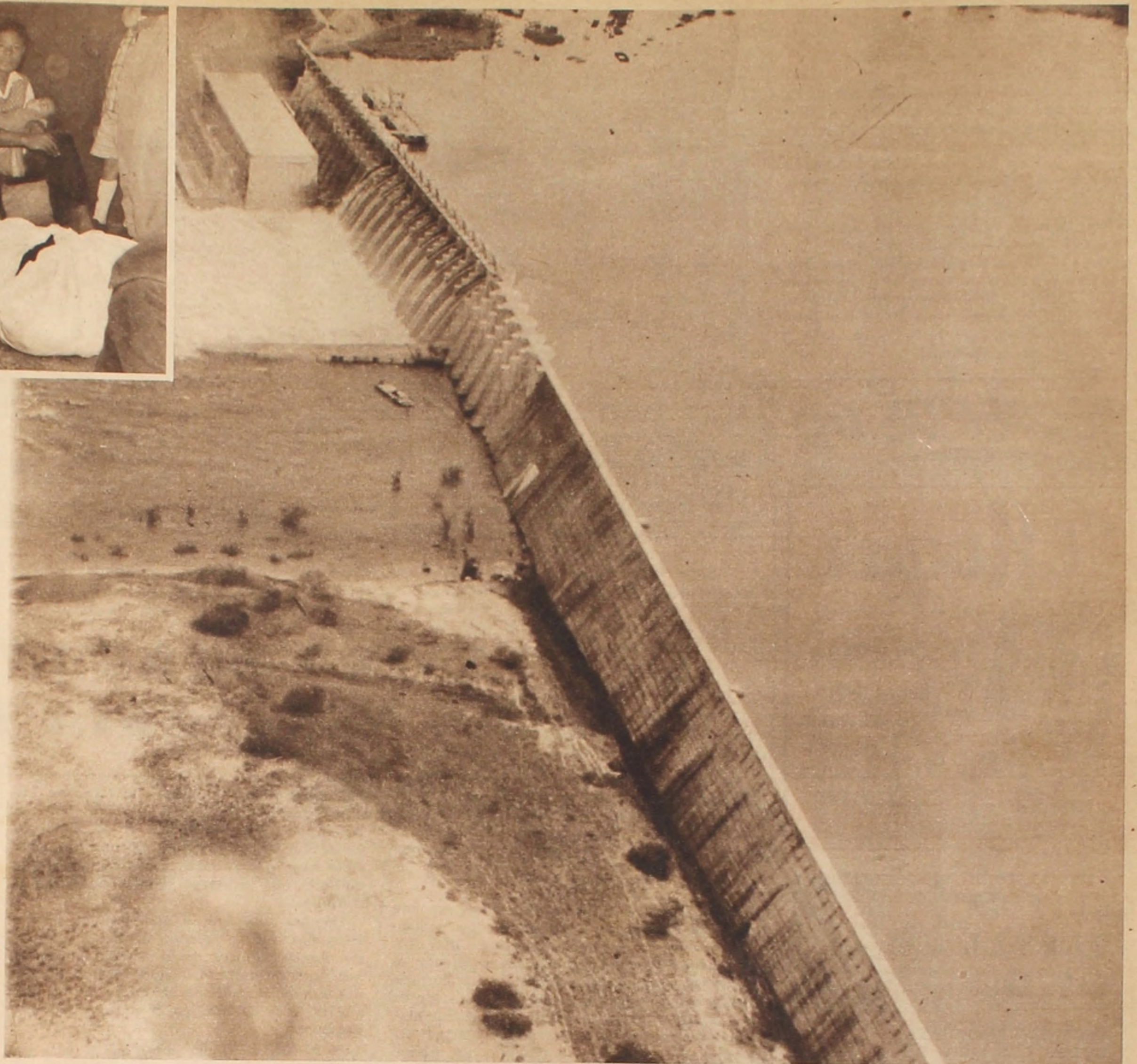
Hemos visto a un hacendado, duro y curtido hombre de campo, contener su emoción y sus lágrimas frente al receptor radiotelefónico, ante las noticias que llegaban de su región, en el Norte. Millonario hasta ayer y poseedor de mil novillos, sólo le han quedado quinientos animales: los demás se los llevó la creciente, según sus estimaciones. Este es un episodio entre mil. Potreros llenos de ganado gordo —mientras la ciudad de Montevideo padece desde hace tres meses carencia absoluta en su mercado lícito de abastecimiento de carne— han sido devastados por la inundación. Esa maravillosa red de aguas naturales que, como un vital sistema sanguíneo riega nuestro país, se ha desorbitado y como un azote bíblico, ha convertido en hombres arruinados a los que ayer eran ricos propietarios. Cosechas perdidas, campos deshechos, rebaños poderosos diezmados, tierras de labranza arrastradas hacia el mar. Y por añadidura, la obra pública también destrozada: puentes, carreteras y caminos a reconstruir a un costo incalculable. Difícil es establecer la magnitud real del desastre. Es una emergencia que está por encima de todo interés particular. Duro y grande es el trabajo que espera al País. Pero quizás sea en el fondo una convulsión que nos haga bien, aun a costa de tan enorme precio. Porque el Uruguay está en crisis de valores morales,



En la víspera de un hecho crucial. Paso de los Toros, una hora antes de ser abierto el nuevo cauce del embalse, que echó sobre la ciudad nuevos inmensos volúmenes de agua.



Los niños son principales víctimas del desastre. Una familia de evacuados de Paso de los Toros ha logrado mantenerse intemento, pero pocas tuvieron ese atenuante a su desgracia.



Centro de la preocupación desde hace muchos días. La represa vital de Rincón del Bonete, enfrenta un hecho por encima de todas las previsiones de la tecnología.

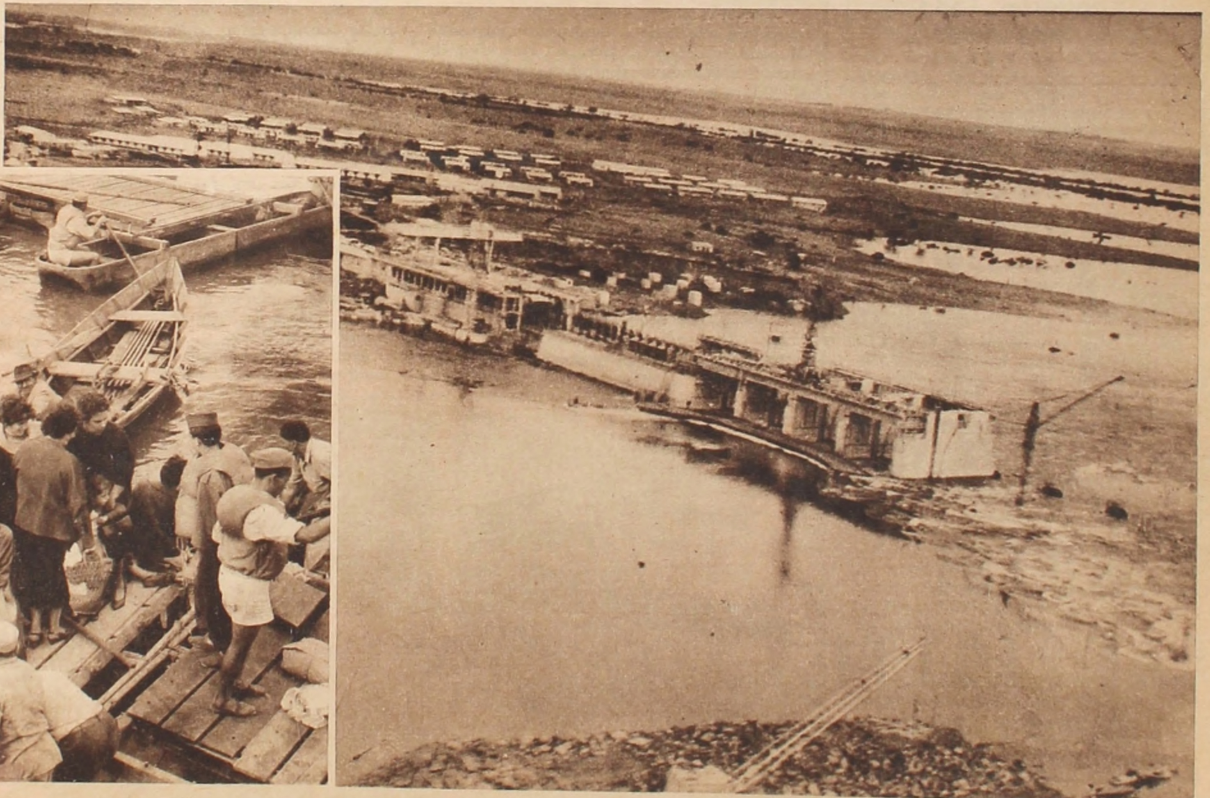
Paralelamente a las dificultades materiales que nos aflijen ya desde hace tiempo, ha habido un descenso de la responsabilidad, una lamentable desvalorización ética: un crudo materialismo, exteriorizado en maligna predominancia egoísta del interés personal, ha ido minando las resistencias sociales y destruyendo los anticuerpos de defensa, como en un organismo enfermo.

La espléndida reacción del pueblo ante el desastre, su innato y generoso sentido de solidaridad social, prueba que hay también grandes reservas morales a las que se puede echar mano con confianza, fundando en ellas con sólidas esperanzas la obra de reconstrucción que debe realizarse. Pero también prueba que hay mucho mal que extirpar. La vida cómoda y sin esfuerzo, el trabajar menos y ganar más hasta un límite suicida para el país, el crudo afán de lucro y enriquecimiento fulminante, el agio y la especulación criminales, la irresponsabilidad de dirigentes extremistas, la despiadada conducta de grandes capitales insaciables, a todo eso hay que poner remedio, si queremos salir de la emergencia en que el Uruguay se encuentra ahora sumido. Es la obra del pueblo que debe imponerse a los dirigentes, pero a condición también de que éstos sepan interpretar el imperativo moral que surge como lección de este desastre.

El desastre ya está y está pasando. Eso queda atrás: ahora hay que emerger y levantarse y en esa tarea, todos, del más poderoso al más humilde, tienen una obligación y un trabajo a cumplir.

Guadalupe VIDAL.

(Especial para EL DIA).



Salvando la vida en una balsa improvisada. Familias de Paso de los Toros parten de sus hogares, en una de las muchas dramáticas escenas que tuvieron por escenario aquella sacrificada ciudad de más de diez mil habitantes.

Otro interrogante: Baygorria. Hay muchas decenas de millones de pesos ya gastados. ¿Cómo quedará todo cuando las aguas se retiren?

JAMAS la rigidez urbanística, generalmente plana, que estira derechas las calles, promoverá en nosotros la ansiedad del recodo que aparece de pronto, con la casa escondida apenas y el árbol en acecho. Es cuando desvían, cuando quiebran o descienden, cuando oscilan, que las calles tienen eso, levemente sensible, casi misterioso, que las toca. La línea ondulada pone su gracia en la proporción del trayecto, como en el torso de las estatuas.

Este antiguo camino metropolitano, fue dispuesto por la necesidad del pasaje siguiendo la altura topográfica del lugar. Herraduras y ruedas de carro le trazaron, de sur a norte. Cantos tempraneros, silbidos, ladridos de mastines tenaces, promovieron sus primeros ecos solitarios. Nace junto a los barcos de juguete del pequeño puerto del Buceo, en cuyas aguas azules danzan levemente, entre los saltos ornamentales de lisas y pejerreyes, que brillan más allá como diamantes, riendo al paso de la caña al hombro de los pescadores domésticos, que van por la orilla.



Entre los frondosos canteros, aparece de pronto la estatua pensativa...



La quinta clásica, poblada de árboles y de recuerdos, margina aún la Avenida.

LA AVENIDA LARRAÑAGA CIÑE DE NOSTALGIA LA CIUDAD

Asciende en su tramo inicial, se expande por renovadas viviendas marginales y alguna quinta enrejada que se resiste aún. Toma rumbo decidido luego hacia Rivera, el clásico y melancólico cruce de los cortejos a la necrópolis. Allí, en la esquina sur este, el muro saliente de piedra, testigo colonial, parece emerger aún borrando la actual escalonada propiedad horizontal, de último momento. Los pesados postigos, las achacosas puertas del almcén de enfrente haciendo cruz, fueron consignando durante muchos años, la historia del paraje...

Lecheros, parroquianos, gente de paso, detuvieron allí el flete, descansaron, apagaron la sed, renovaron bríos, se enteraron de todo. Y siguieron. ¡Larrañaga y Rivera!

La calle se angostó después, junto a la placita en que está como en un búcaro, la cabeza asombrosa de María Curie, y sigue, tuerce.

Del año 1912, data el proyecto de rectificación de esta calle, llevado a cabo mucho después, que suprime la curva de dos kilómetros de extensión, que va de General Prim hasta Armonía. La nueva línea se abrió paso entre campos tendidos, enderezando la ruta, para darle rapidez y amplitud.

Caubarrere, Bottaro, Goldaracena, Caviglia, Amézaga, Travieso, Larghero, Vidal, Malet, Boch, Heber Jackson, Gallinal Carvallido son apellidos de familias de la sociedad montevideana de principios de siglo, que tuvieron sus quintas a lo largo de los nueve kilómetros de esta vía ondulante a través del Camino Aldea, 8 de Octubre, Goes, San Martín, Burgues, Millán; ruta apacible ayer y arbolada, dueña de una tranquilidad que entonces parecía necesaria y distinguida.

Quedan aún, aquí y allá, gruesos muros enrejados que se resisten al ensanche, tras los añosos paraísos de la vereda; graciosos escalones de mármol, alguna estatua pensativa entre los canteros abandonados, de los que la brisa se encarga de traer olvidadas fragancias.

Si habéis vivido la mitad de la vida en una misma calle, sabéis que sus árboles, sus casas, la gente misma que sale o se asoma de pronto, esa franja de cielo, en fin, os pertenecen totalmente. Habéis ido penetrando todo, y sustituído en el acervo palpitante, lo que el tiempo se ha ido llevando tenazmente consigo.

Otra vez el camino se inclina y estrecha, como si quisiera contaros un secreto, entre la baraúnda de carros, canastos, camiones, que vienen del Mercado y retoman la vía.

O que vienen de lejos, entrando por Garzón.

Transportes pintados de celeste, de marrón; armatostes de color ladrillo o verde, que se desplazan a pesar de todo.

*

Pasando ya el reciente monumento a Aparicio Saravia, en la intersección con Millán y Suárez, la calle se vierte definitivamente en el Prado.

Por la reminiscencia ineludible de los nombres consignados en el lugar, el pensamiento se mueve velozmente en zig-zag, de la Fundación y su esperanza, a las alternativas de la lucha civil sta y sus amarguras, a menudo nimbadas de heroísmo.

Aquí, "en el Miguelete", tenía su quinta el prócer Larrañaga.

Capellán de los ejércitos en la Reconquista de Buenos Aires, fundador del Asilo de Expósitos y de la Biblioteca Nacional, primer Senador que tuvo la ciudad de Montevideo.

En la proximidad de esta calle que lleva su nombre, terminó sus días, hace un siglo, este ilustre varón que unía excepcionalmente al impulso decidido de la acción constructiva, la vocación serena del pensamiento científico.

Murió ciego, luego de su afanosa búsqueda de tantos años, clasificando plantas, midiendo la edad de los huesos y las piedras, escrutando las estrellas remotas...

*

La tensión del tránsito incesante de este antiguo camino, caudalosa avenida hoy, cede aquí finalmente, entre los árboles del Prado.

Hasta ellos logra llegar el rumor de los carromatos cimbreantes, los camiones cargados al tope, los ómnibus inclinados con la gente colgada, que se pierden en la primera curva, entre una densa nube de humo.

Enrique Ricardo GARET.

(Especial para EL DIA).

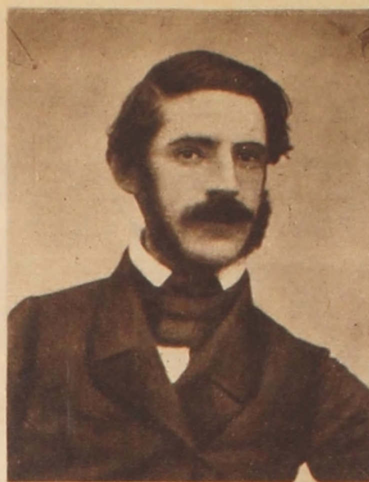


Nace junto al pequeño puerto del Buceo, que está detrás del moderno edificio que aparece en la foto, evidenciando la evolución arquitectónica de la Avenida.



Tramo final, en que el viejo camino se vuelca en el Prado

EN EL PASO DE LAS DURANAS



El Dr. Eduardo Acevedo en 1852.



Dr. Carlos G. Villademoros.

ACTO PRIMERO

LA iniciación de este episodio tiene una antigüedad de quince años. Alguien lo inició en 1944, en un diario de la mañana, rememorando el centenario del "Defensor", periódico del Cerrito durante el Sitio Grande.

Centró la exaltación en los directores de la publicación: Giró, Berro, Aguirre, Antuña y Acevedo, al último de los cuales corresponderían con justicia los máximos honores.

Públicamente asentamos en seguida nuestra protesta. El autor olvidaba el último honor que se le dedicara desde el Cerrito al doctor Acevedo: la asonada con que se le afrentó el 11 de octubre de 1846.

La respuesta llegó sin demora: el adversario negó rotundamente el hecho que yo estimaba como absolutamente cierto.

Bajo el título: "Acerca de una asonada imaginaria", su autor desmentía todo lo aseverado por nosotros.

Dijo que no pensaba polemizar sobre el punto. Que lo mío carecía de "ese mínimun de interés general que requiere, para ser tolerable una controversia histórica, cuando a ella no se aportan datos o elementos nuevos, limitándose a repetir cosas mil veces dichas y otras mil contradichas".

Afirmó que "en el Cerrito no hubo ni podía haber asonadas militares, pues sabido es que donde Oribe ejercía mando, imponía orden y disciplina".

Sostuvo que lo del tumulto en el Cerrito el año 46 fue un "invento de la prensa unitaria de la época". Que allí nació "la edición príncipe", que corregida y aumentada había llegado al fin a convertirse "en toda una asonada militar".

Ofreció luego la versión moderna, y refiriéndose a nosotros, sin nombrarnos, expresó: "Claro está que no ha faltado un buen cronista que la complete, y que agregue "sotto voce" que quien capitaneaba esa fuerza era Fulano de Tal".

Contestamos afirmando que el asunto debía polemizarse. Que nuestro contendor "había hecho afirmaciones temerarias" y que al negar la realidad de la asonada agraviaba la memoria del doctor Acevedo, a quien había colmado de elogios días antes.

Y concretamos: fue el mismo doctor Acevedo quien denunció al general Oribe el atropello de que lo había hecho víctima un grupo de oficiales de su ejército. Oribe reconoció la verdad del delito, visitando días después al doctor Acevedo, al cual dijo "que no había podido descubrir nada; que todos se habían complotado para ocultar el hecho; que no se preocupara ni le diera importancia; que habían sido algunos locos que no valía la pena ocuparse de ellos".

No negó Oribe la afrenta, ni puso en duda que fueran oficiales suyos los autores. Les negó jerarquía, no responsabilidad.

Informamos luego sobre las inmediatas consecuencias del hecho: al retirarse el doctor Acevedo del cuartel general, Oribe le rogó que no abandonara el "Defensor", a lo que se negó aquél, rompiendo desde ese momento sus relaciones con el Jefe, al que no volvió a ver en muchos años.

Nosotros no escribimos basándonos en tradiciones orales. Al referirnos a la asonada contábamos con el origen de la versión, que era el mismo doctor Acevedo. Con materiales publicados por el doctor Alberto Palomeque en "Mi año político" — 1892 — escritos bajo la palabra de doña Joaquina Vázquez, viuda de Acevedo, armó el doctor Eduardo Acevedo hijo, en 1907, un tomo de 500 páginas de datos biográficos sobre su padre.

¿Conocería el contradictor la fuente de nuestras afirmaciones? Conociendo su reconocida versación histórica, no pudimos menos que creerlo.

De ahí que nos chocara su firmeza en mantener su desautorización.

*

El doctor Acevedo, muerto en 1948, leyó en 1944 las afirmaciones de nuestro contrincante y las nuestras.

Nos visitó entonces en la Unión para dejarnos una página que guardaba como reliquia desde 1892; la versión de la asonada escrita por el doctor Palomeque. Al lado de su firma, como un refuerzo moral, colocó la suya el Presidente del Archivo Artigas.

Cuando se iba le recordamos que años antes él nos había ofrecido el nombre del oficial que esa noche comandaba el grupo de oficiales.

Volvió a repetirnos su nombre.

Se trataba, en realidad, de Leandro Gómez, por cuya personalidad guardaba, por su fin heroico, el mismo emocionado recuerdo que también conservamos.

Al retirarse nos reiteró el antiguo pedido:

—No divulgue ese nombre mientras yo viva.

De ahí las palabras con que terminamos el suelto de 1944.

"Acevedo distinguió más de un rostro, por lo menos uno, que yo no tengo derecho a revelar, pero revelaré algún día que deseo lejano."

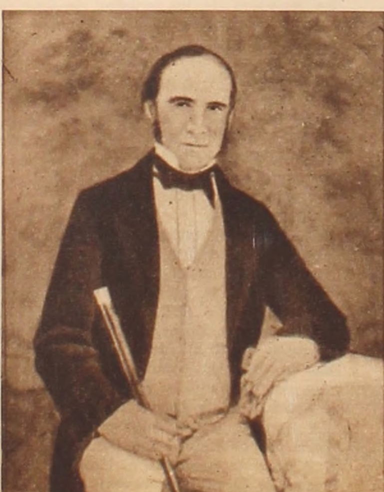
*

No hemos nombrado aún a nuestro contendor ocasional.

Se trataba del escritor don Gilberto García Selgas, cuya desaparición, ocurrida hace muy pocos días, ha provocado un general sentimiento de pesar.



General Leandro Gómez.



Dr. Francisco Solano Antuña.

ACTO SEGUNDO

No deberá verse en esta nota, que debió aparecer hace quince días, sólo el deseo de dejar a salvo nuestro amor propio de amante de la historia en su más noble forma, la que se basa en la honradez. Se había dudado de nosotros, es verdad, pero lo que sobre todo nos era intolerable desde el principio de este asunto, fue que se dudara de la honestidad del doctor Acevedo, de la de su esposa y de la de su hijo Eduardo. Ellos habrían echado a rodar "la edición príncipe", y desde entonces hasta el momento actual, ésta había crecido desmesuradamente.

Se habría polemizado en 1944, de haber tenido nuestro suelto de entonces, lo que no tuvo: el mínimo de interés y datos nuevos de que careció en absoluto.

Ofrecemos hoy, al fin, los datos nuevos de que carecíamos hace quince años, y que recién conocemos.

Aquel cuya voz cobrará hoy una especial resonancia, fue, según la opinión del señor García Selgas, "una personalidad consular del Cerrito". Vivía con su familia en una amplia quinta cuyo frente daba, Camino a Maldonado por medio, a los terrenos que ocupa hoy el Hospital Militar. En su escritorio, y en la soledad más absoluta, llevó durante la noche, un Diario que registró para los tiempos nuevos, los detalles de la guerra grande.

Don Francisco Solano de Antuña era esa figura consular. Este título tiene su obra: "DIARIO de lo que se habla, de lo que se ve, y de lo que se oye con relación a la Guerra."

Comprende 598 páginas.

Comparado a ese volumen, sólo conocemos otro que trate de la Guerra Grande y ofrezca su dramaticidad. Es el "DIARIO de la campaña de las provincias argentinas", de Francisco García, que en clave ocupa un anaquel en el Museo de la calle Zabala.

*

Ofreceremos lo que pensaba Antuña de la *imaginaria* asonada que, como supremo honor se le ofreció al doctor Acevedo en 11 de octubre de 1846.

No sólo al doctor Acevedo, porque también el doctor Villademoros la sufrió en carne propia. El tumulto fue contra los dos, en su domicilio del Paso de las Duranas.

El ministro vivía en su espléndida residencia ha poco demolida en Millán y Larrañaga, luego quinta de don Ildefonso García Lagos, y por último Escuela Bélgica.

Alhajada suntuosamente, en ella recibía el general Oribe a los ministros europeos que venían hasta el Cerrito en misión diplomática. El rico terrateniente, que muy pronto vería aumentar sus bienes con la cesión que se le hizo de "la opulenta estancia del salvaje unitario Ramón Márquez", reunía en su quinta del Paso de las Duranas los más exóticos ejemplares de la flora universal. Era un hombre que sentía el campo, como nacido en las campiñas de Cerro Largo, en las costas del Sarandí.

Al fondo de la mansión, en casa infinitamente más modesta, vivía el doctor Acevedo, primo de Villademoros.

La noche del tumulto, la luna iluminaba la tierra, mientras Acevedo leía en voz alta, para su esposa, "El último día de un condenado a muerte" que acababa Víctor Hugo de lanzar a las cajas. En la mitad de la lectura "se sintió un estremecimiento, como un temblor de tierra, y en seguida se vio llegar un escuadrón de caballería y formar alrededor de la casa; la fuerza parecía de línea y compuesta de oficiales, a juzgar por la profusión de plata de que estaban adornados los caballos, y formando como a sesenta metros de la casa, empezaron a gritar:

"¡Muera el salvaje unitario Acevedo!"

"¡Muera el redactor de "El Defensor!"

Así empezó la asonada, mientras el doctor Acevedo apagaba de un soplo la lámpara y se colocaba en la puerta con una pistola en cada mano.

*

Anotaciones de Antuña

Octubre 11 de 1845

"Ahora se grita y hasta se quiere (qué torpes) hacer apalear y degollar al doctor Acevedo, por haber publicado antes de tiempo esa verdad. Se atribuye esta imprudencia al doctor Villademoros, que quiere hacer apartar a sus conciudadanos la vista para que la conviertan hacia él, y el hecho es que el Presidente se ha ofendido altamente y delegado, por esto, el Gobierno en el Presidente del Senado."

Octubre 14

Dicen que el doctor Acevedo, redactor del "Defensor" y primo del doctor Villademoros, fue a quejarse al Presidente de los insultos que hicieron a su casa, y le añadió que no era hombre de los que se asustaba con gritos. Algunos han tomado a mal este modo de hablar; nosotros lo juzgamos digno de un republicano y nos congratulamos de tener ciudadanos así."

Octubre 18

"Dícese que han repetido los insultos y ruptura de vidrios al Dr. Acevedo, y por el Cuartel General se redoblan y renacen los cargos, las reclamaciones y los anatemas contra aquel mozo, porque dijo en el "Defensor" no más que una verdad constitucional: que el Presidente Oribe no puede ser candidato en la primera elección de Presidente."

Octubre 19

"Dícese que el Presidente les dio a los dos, Villademoros y Acevedo, completas satisfacciones; que se manifiesta irritado contra los insultos que unos les hicieron en sus casas, y que desea y procurará descubrir los delincuentes. Al oir esto de S.E. o como dicho por S.E., todos se guiñan unos e otros los ojos, y estas guiñadas significan, también, que la candidatura del Ministro ha encallado."

*

Tenemos la seguridad más absoluta que ni el general Oribe, ni los doctores Acevedo y Villademoros, tuvieron nunca la menor sospecha que el doctor Francisco Solano Antuña, llevara día por día, mientras los acompañaba en el Cerrito, un Diario en que registrara lo más notable que sucedía en el campo sitiador.

Tal vez no lo haya sospechado nunca, tampoco, nuestro contradictor de 1944.

M. Ferdinand PONTAC

(Especial para EL DIA)

LA OBRA DE M
EN EL PALACIO



El artista en su estudio da los últimos toques finales a una escena de circo. Detrás del cuadro se ve parte de una gran composición histórica: "La batalla de Sarandí", en la que Rosé está trabajando.

DURANTE un cuarto de siglo fue constante preocupación de los hombres de gobierno dar al Palacio Legislativo el mayor decoro y la más alta jerarquía ya que él es la expresión más viva y más directa de nuestro sistema de convivencia civil: el Palacio debía de ser el recinto único y digno para la clarificadora discusión, para el encuentro apasionado y fecundo de los hombres en cuyas manos está el abrir los caminos por donde debe caminar la patria o cerrar aquellos que le serían nefastos para su alto fin de nación libre y soberana.

Mas ninguno de los gobernantes que tuvieron que ver con las obras del Palacio tomó con tanto cariño, ardor y entusiasmo el promoverlas y alentarlas como lo hiciera Dn. José Batlle y Ordoñez; fue su espíritu constructivo que creó el clima que hizo posible aquella búsqueda de lo mejor para levantar un monumento digno de la Nación.

En medio de ese fervor, cuando las obras del palacio se encaminaban hacia el día de su inauguración —el 25 de agosto de 1925— se nombró (5 de enero de 1924) una comisión asesora que debía señalar los temas



Un detalle del cuadro "El primer sitio de Montevideo".



de las grandes pinturas que debían decorar los suntuosos ambientes del edificio. Esa misma comisión tuvo también que señalar los nombres de los artistas capaces de alcanzar el clima y la nobleza que tal circunstancia reclamaba. Tres fueron los nombres elegidos: Pedro Blanes Viale, Manuel Rosé y Vicente Puig; este último no llegó a realizar sus proyectos; Blanes Viale dejó inconclusa una obra que estaba llamada a alcanzar altísima gloria; en cambio Manuel Rosé tuvo el privilegio de poder crear generosamente para el Palacio sus grandes composiciones pictóricas.

Manuel Rosé había nacido en Las Piedras y por su antiguo linaje se unía a los primeros colonizadores del País; exquisitamente dotado para las artes, especialmente para la pintura, se entregó de lleno al fascinante mundo de los colores. Adolescente se trasladó a Europa; su contacto con los pintores de Roma esclareció su paleta con una luz que lo acompañará a través de todas sus evoluciones como un duende vivo y jocundo —algunas veces dramático— que da a sus telas una indecible gracia que las hace perennemente actuales.

A poco de su vuelta al Uruguay gana una beca que le permite continuar sus trabajos en Europa. Allí bajo la influencia de Anglada Camarasa y de Lucien Simon se entrega con fervor al estudio: la inquietud de todo artista verdadero lo hace un eterno desconforme estudiante; así es la vida toda de Manuel Rosé. Se aproxima a Zuloaga a quien lo ata una sutil afinidad espiritual y también a Van Dongen a cuyo lado ve, escucha y trabaja. Rosé, sin embargo, no encalla su paleta y hace su experiencia impresionista abandonando ésta para volver —más enriquecido y más experimentado— a su cauce anterior que, como lo veremos en una próxima exposición de sus obras a realizarse en los salones de la Comisión Nacional de Bellas Artes, ha calado hondo en un sostenido refinamiento del color que pone en evidencia la sangre pujante de un auténtico lirismo pictórico.

Tenía pues Rosé justificados títulos para ser llamado a decorar el Palacio Legislativo; la primera obra que para él realiza es el cuadro que se encuentra en el Vestíbulo de Honor y que se titula: "Artigas en el primer sitio de Montevideo".

La composición se desarrolla en varios planos horizontales: en lo alto el cielo y en la lejanía, empinándose en el horizonte el Cerro y la amurallada Montevideo; por la llanura que se extiende hasta el pie del Cerrito donde se desarrolla la escena más importante del cuadro, canta el dulce verdor de nuestros campos animados por la presencia de un rancho o el galopar de un potro montado por un gaucho artiguista. En

ANUEL ROSE
LEGISLATIVO



Una escena perteneciente al cuadro "La batalla de Las Piedras".



Detalle del cuadro "El primer sitio de Montevideo".

grupo que encierra la atención toda de tela y que también se desarrolla horiintalmento, vemos apretarse en torno a tigas a más de cincuenta figuras que nos n una visión de todas las capas sociales e acompañaron al fundador de nuestra icionalidad; aquí Rosé ha incorporado al adro algunos retratos —históricos unos y miliares otros— creando sus personajes n deleitosas pinceladas. Por último un imer plano con la presencia inmediata y óxima de un suelo rocoso que muestra la bilidad del pintor en sostener en una ditada superficie una fuerza y calidad sin smayos.

En el mismo vestíbulo y ocupando los netos hay dos pinturas que son también ras de Rosé; una representa el león hisnico que desembarcando en las playas iestras se enfrenta con un centauro cuya itad humana es el relato de un indio de iestro suelo. Todo este simbolismo está ntado con un exquisito modular de tonos ie crean una composición pictórica de al mérito y cuya incorporación a la arquiectura del Palacio constituye un pleno cierto. El otro cuadro es también una composición alegórica; lleva por título "El priier surco"; en él campea la rara habilidad olorística del maestro: el hombre —un ceido desnudo— teniendo en sus manos la ancera de un arado y ayudado con la fuerza de dos bueyes rompe por vez primera el seno fecundo de la tierra; estos dos bueyes son una bellísima creación de Rosé y donde ha volcado la exquisita vibración de su paleta.

Otras tres telas del mismo pintor se pueden contemplar en el Salón de Fiestas. Son ellas: "La Batalla de Las Piedras", gran composición con multitud de personajes y anchas lejanías y los retratos del General Rivera y del General Oribe.

Estas obras de Rosé no nos dan toda su dimensión de artista; el cuadro histórico o el retrato han limitado siempre en él el juego libre y gozoso de su pincel. Por eso merece completar el conocimiento de este pintor con la contemplación de sus obras donde al solaz de su paleta crea (circos, desnudos, escenas camperas), cuadros de una superior exquisitez cromática que consagran a su autor como artista de sólido nombre.

Manuel Rosé, amén de haber tenido en nuestro país grandes distinciones en concursos y exposiciones —como el Gran Premio de Pintura en el Salón Nacional— fue repetidas veces laureado en el extranjero. Recordemos sus medallas de oro ganadas en las exposiciones de San Francisco, de Sevilla y de Barcelona y el raro mérito de haber sido aceptado —cuando usufructuaba de su beca en Francia— durante tres años consecutivos en el Salón Nacional de París.

Luis **BAUSERO.**

(Especial para EL DIA).



La Conquista.



El primer surco.

AL MES DE LA MUERTE DE JUAN JOSE DE SOIZA REILLY



El Soiza Reilly intrépido de 1910, de mirada firme y confiada, confesor de los más grandes hombres de ese tiempo.

BUEN plazo este de un mes de ocurrida la muerte, para recordar al autor de "Cien hombres célebres", "Cerebros Luminosos", "El Alma de los Perros", "Crónicas de Amor, de Belleza y de Muerte", "La Ciudad de los Locos" y varios libros más que no dejaron de tener resonancia en la época en que fueron lanzados; algunos —"Cien hombres célebres" y "El Alma de los Perros"— con vida más dilatada, pues conocieron el honor, bien poco frecuente en la literatura del Río de la Plata, de lograr varias reediciones. Fue el tiempo en que los cines eran escasos y la gente común estaba más horas en las casas y leía, en consecuencia.

No es posible dejar que se vaya una vida afanosa y fecunda como fue la de Juan José de Soiza Reilly, tan en silencio. Algún artículo aislado y contadas gacetillas es lo único que se le dedicó hasta la fecha. Y no tenemos gran confianza en que se le haga mucho más. Merecería Soiza Reilly aquí un ensayo denso, exegético y cordial, como los que solían brotar del cerebro cultivadísimo de Raúl Montero Bustamante. No intentaremos nosotros realizar, con nuestras pocas fuerzas, ni siquiera un estudio somero de la obra de Soiza Reilly. ¿Fue un literato?... ¿Fue sólo un periodista? En las breves necrologías insertas en ambas márgenes del Plata (y fueron muy contadas) se le dice periodista. El, aun las veces que se decía repórter, creía picar alto. Para nosotros no es cuestión de términos, sino de valor mental y de obra. Y apreciando así, no significa menos un Domingo Arena, mero periodista, que un Gustavo Gallinal, ponemos por caso, de buen literato uruguayo. Aquél dejando perderse los claros frutos de su talento dentro de las abultadas colecciones de EL DIA, y Gallinal llevando sus páginas del periódico, ya mas elaboradas —con miras a la perduración— a finos volúmenes de prosa retocada, como la que llena los pliegos que componen "Hermano Lobo".

Al final, todo olvidado. Lo prevenía el austero Marco Aurelio: "Tú te vas a morir. Y los que te conocen se van a morir también".

*

Hablar de Soiza Reilly ahora, es para nosotros un deber. Somos sus deudores. ¡Pero deudores, han sido tantos! Hubo hasta quien resultó su calco. Pero sin su valentía y su talento. Fue Soiza Reilly quien mejor se libertara de la férula del academismo que frenaba impulsos, imponiendo una difícil expresión, absurda para estas latitudes. Pesaba, no ya la influencia de los clásicos del Siglo de Oro peninsular, sino que también la de los académicos españoles del fin de siglo, fueran prosistas u oradores: Pereda o Vázquez Mella, Valera o Maura, la Pardo Bazán o Moret. Que el adverbio, que la concordancia, que la sintaxis... El párrafo largo y túmido, lleno de vueltas, erizado con la coma y el punto y coma. Todavía por el 1915 vimos a Manuel Gálvez entusiasmarse con las páginas de Pérez Galdós dedicadas a Avila, por detalles como que la cita de la ciudad de Teresa de Ahumada iba precedida de veinte, o veinticinco o aún más líneas de libro, sin que apareciera un punto. La evocación de la vieja urbe castellana Soiza Reilly la hubiera logrado no poniendo más que el nombre. Con su modo asombroso de sugerir, diciéndonos ¡Avila!, así con admiración, sus lectores, que éramos muchos, buscando siempre las páginas amenísimas del redactor viajero de "Caras y Caretas", le habríamos agregado, desde las viejas murallas almenadas al perfume místico que dejó tras de sí la visionaria abadesa de "Las Moradas".

Nadie, en América, hasta la aparición de Soiza Reilly, había usado el idioma en forma tan personal y tan audaz. Eran tiempos de evolución del estilo, ciertamente, y gracias a los americanos residentes en París: el guatemalteco Gómez Carrillo, el nicaragüense Rubén Darío, el portorriqueño Bonafoux, el venezolano Blanco Fombona... En vez del párrafo pomposo, circunvalatorio, de los considerados grandes escritores españoles, esos jóvenes de fines del siglo XIX se expresaban con frase corta, a ustada. Una frase corta y punto. Para mejor decirlo: empleaban la construcción de la prosa francesa.

Pero Soiza Reilly, revolucionario y original, sin terminar el primer lustro de este siglo, ya componía sus trabajos del modo más anárquico. Véase: "Salvini. Habla mi cartera. Hablan mis apuntes de periodista errátil y moderno. Copio las palabras tal fueron escritas. Dejo las manchas y los borrones. No corrijo. Ni tacho. Cada frase expresa la impresión del momento. Así son rudas. Entre dos elogios, un pinchazo. Un mordisco. Son líneas curvas escritas en el tren. Son líneas nerviosas. Dactilográficas. Afiebradas". ¿No se ve al escritor viajero, todo nervios, todo vibración?...

¿Quién se habría atrevido a redactar con esta libertad, con tan revolucionaria técnica antes de Soiza Reilly? ¿Acaso Vargas Vila? ¡Bah, entre aquel Vargas Vila arbitrario, que también nos atraía a los jóvenes de entonces con sus poses de Júpiter tonante (ahora ridículas y por algo olvidadas), y el gran interviuvador de "Hombres y mujeres de Italia" hay un extenso campo artístico. Y todo lo que es real vergel queda del lado de Soiza Reilly. A Vargas Vila le resta el floripondio tropical.

Como dijimos ya, nuestra emancipación de la tiranía retórica fue obra de Soiza Reilly. Somos tanto más tributarios cuanto que, primero en "La Protesta" de Buenos Aires y luego en "La Razón" de Montevideo, creamos dos cronistas que lo imitaban con calculado servilismo. Del de Montevideo da ya la idea su propio nombre. Firmaba "Juan José de Repórter Soilly". Esto quitaba gravedad a lo que pudiera haber de plagio, si es que lo había alguna vez. Simultáneamente aparecíanle émulos a Soiza Reilly en España: "El Duende de la Colegiata" y "El Caballero Audaz", por no citar sino seudónimos de los más populares reporteros que escribían en Madrid por ese tiempo.

La influencia de Soiza Reilly, en ambos casos era, sobre todo, de género. En estilo dábase más evidentemente en quien llegó a ser también un gran periodista de la Villa y Corte: el magnífico Luis Antón del Olmet.

*

Al anunciar la muerte de Soiza Reilly, algunos diarios del país de Sarmiento han incurrido en error. Porque si era "argentino" tal publicista, era uruguayo por origen, y está su partida de nacimiento en el Juzgado de Paz de la 1ª Sección de Paysandú —19 de mayo de 1879— para probarlo. Pero véase la página autógrafa que acompaña esta nota y que nos mandó con carta cordial el 26 de octubre de 1911. "Llegué a Buenos Aires a los 12 años".

Fue uno de sus primeros maestros Vega Belgrano, que aparecía entre los directores de diarios más respetados. Antes de ir a una redacción, hizo Soiza Reilly no pocos menesteres humildes. El impulso — y la consagración — la tuvo en "Caras y Caretas". Por eso dedica a Carlos Correa Luna, su director, y a dos redactores, figuras para nosotros inolvidables, Luis Pardo y Carlos Luis Corradino, el libro "Hombres y mujeres de Italia", el volumen que le editó Sempere en Valencia y que acaso sea su obra más cautivante.

Cuando se produjo el cisma de "Caras y Caretas", Cao y demás hombres de la plana mayor, fundaron "Fray Mocho". Soiza Reilly siguió a los que "lo descubrieron y alzaron", según sus propios términos: Correa Luna, Pardo... Vino a Montevideo poco después, interesando a los amigos en favor de la nueva revista. Estábamos con él en la Agencia de publicaciones de Fonseca y Moratorio, en la Plaza Independencia, cuando se le acercó un intelectual nuestro, colaborador de "Caras y Caretas", para preguntarle:

—Realmente, ¿"Fray Mocho" es una revista importante?

—¡Ya lo creo!—le dijo engolado el gran repórter—. "Fray Mocho" es la mejor revista del mundo. Donde publican trabajos los mejores escritores del mundo. ¡Hasta yo!...

*

Esto es muy interesante. A Soiza Reilly se le combatió mucho —las envidias entre la gente de pluma— por su vanidad o "ergotismo", que decíamos entonces. Pero eso era de la época —y bien esgrimido— no dejaba de tener su gracia. ¿Quién más infatuado que D'Annunzio en Italia?... ¿Y Catulle Mendés en Francia? Mas, ¿habrá de olvidarse al pintoresco, dos veces magnífico, Valle Inclán, fanfarroneando: "Los españoles se dividen en dos grandes grupos: uno yo, y otro los demás". ¿Pero es que está exento de gracia todo esto? ¿No contrastaba con la actitud pacata del tipo burgués del 900?

En Soiza Reilly, tan donosa posición —que solía repetir para irritar más a sus enemigos— no le exigía trabajo. Su abuelo paterno, como buen portugués, hubo de dejarle la jactancia racial (de ahí el fingido "poseur"); y el abuelo materno, irlandés, ese sentido del humor que florece en la ironía. Baladronada e ironía — todo hecho humorismo— "para epatar a los burgueses" son rasgos caracterizantes de la literatura soizarreillyana.

Escribió para el teatro —piezas breves— con menos éxito que mediano. Estábamos con él en una representación del Teatro San Martín. Desde la platea, Soiza Reilly cabeceaba: "¡Me están asesinando la obra!". Cuando terminó la función, se dirigió al escenario a grandes pasos, corpulento como era, hecho un basilisco. Con mucha teatralidad, tal resultaba habitual en él fuera de la rueda de amigos, en que aparecía como el hombre más afectuoso y sencillo del mundo. (De ahí el afecto de quienes le conocíamos bien).

Junto a los camarines lanzó unos cuantos gritos. Y sin dar tiempo a que lo enfrentara nadie, volvió sobre sus pasos cruzando la sala presuroso y diciendo de modo que le oyeran los últimos grupos que abandonaban el teatro:

Llegué á Buenos Aires, á los 12 años de edad. Mi patria me dejó partir con la enorme suma de cincuenta centavos argentinos. ~~Que~~ Creo que eran argentinos, por el armonioso sonido que en mi corazón despierta su recuerdo!

A los 12 años, con un físico deplorable y un traje bohemio que me transformaba en un figurín del tiempo de mi abuelo, — no tuve otro deseo que el de conquistarme la admiración de Buenos Aires.(1)

. . . .

Después de ocuparme en todos los oficios, resolví hacer lo que tarde ó temprano debió suceder: escribir.

Primera carilla de unos apuntes que el gran repórter mandó al autor de esta nota a fin de documentar una semblanza.

—¡Estos cómicos son unos cobardes! ¡No encontré un hombre para agarrarme a balazos con él!

Y ni cargaba revólver.

*

Podía jactarse de haberle arrancado a Rodó una gran carta, la misma que está reproducida con zincografía en la cuarta edición de "El Alma de los Perros", carta que contiene frases tan consagradoras como ésta: "A toda otra condición, yo prefiero en la obra literaria el sello de personalidad, el carácter inconfundible. ¿Cómo no he de reconocer el valor literario de sus libros? Su modo de escribir es enteramente suyo; su estilo es personalísimo. Podría usted omitir su nombre al pie de lo que escribe: no habría nadie que habiéndole leído una vez, dejara de reconocerlo para siempre. Podrá intentarse imitar el original arranque de su pluma: se incurrirá en extravagancia sin espontaneidad, en afectación sin gracia. Se le falsificará a usted, pero no habrá quien acepte por buena la moneda falsa acuñada con su nombre".

Desde la primera edición, en "El Alma de los Perros" luce como prólogo el estudio que Manuel Ugarte hizo para Soiza Reilly en Niza, estudio bien caracterizante, como lo demuestra esta parte que alude concretamente a las interviús: "Esas páginas nerviosas, irreverentes, rudas, llenas de malicia, de franqueza de espíritu "frondeur", provocan la atención o la sorpresa. A través de la prosa al mismo tiempo amarga y clownesca que se desmigaja, se retuerce y se eriza de monosílabos y de puntos, asoma a cada instante una sensibilidad autónoma que puede ser diversamente juzgada, pero que nadie puede poner en duda". Manuel Ugarte confiesa que la lectura de "El Alma de los Perros", le dejó una de las sensaciones más complejas de su vida literaria.

Pero es que Soiza Reilly hace derroche de paradojas y "boutades" a cada paso en "El Alma de los Perros", como cuando estampa: "Creo que este libro tiene la casta obscenidad de los niños desnudos... La inocencia y la muerte valieron siempre más que la hoja de parra". Y está también la conf sión (?) dramática que copiamos: "Este libro debiera estar dedicado a los hombres. Pero no puedo. ¿Comprendéis?... No puedo. Odio a la humanidad con el enorme, con el terrible, con el formidable, con el espantoso, con el dulce, con el melancólico desprecio que ella merece. ¿Por qué? No sé. Ni me importa. La odio porque sí, única razón de sabios y locos".

Y quien de este modo habla, era en lo íntimo, un excelente esposo, un excelente padre (al hijo le puso de nombre Rubén Darío), un excelente amigo y un excelente colega, como lo pudimos comprobar en 1914, en una larga y estrecha convivencia a bordo del vapor "Barcelona", cuando marchábamos los dos hacia París en carácter de corresponsales de guerra.

*

En el prefacio de "La Ciudad de los Locos", su única tentativa de hacer novela, adopta la "pose" de hombre terrible que le es más cara. (O *máscara*). "Tiro este libro a la posteridad. Es decir, al olvido. Mi estilo, mi audacia, mi altivez, mi locura, mi odio y mi risa, me atraen, sin remedio, la envidia, la burla, el sarcasmo. Los espíritus superficiales y los escritores mediocres se mofarán de mí. No me importa. Mi gloria consistirá, simplemente, en que alguien exclame al leer "La Ciudad de los Locos": "¡Nunca he leído un libro semejante!"

Empeñado en resultar original y llamar la atención, es indudable que Soiza Reilly lo consiguió. No se paró en barras, como cuando compuso su nota de Herrera y Reissig inyectándose morfina (pura superchería) o como cuando lanzó el infundio de que el nombre de Gabriel D'Annunzio no era Gabriel D'Annunzio, sino Gaetano Raspagneta.

Desbordes de juventud y de talento, fue eso, el desborde, lo que le dio popularidad, lo que lo hizo un tiempo el escritor tal vez más leído de toda Sud América. Quiere entrevistar al Papa Pío X en Roma. Y no puede vencer la severidad del Consistorio. Pero su periódico logra lo mismo una "sensacional nota", pues a las buenas fotografías acompañan juicios sobre el Pontífice (hace poco consagrado santo) del médico, del cocinero, de la lavandera, de la planchadora... Fue otra lección que nos dio Soiza Reilly a los jóvenes que no nos resignábamos a esterilizarnos con una labor opaca, sin vibraciones, en el periodismo del Río de la Plata: la travesura.

Como Rodó del Uruguay, Zeda de España y Ugarte de la Argentina, otro crítico eminente, Donoso, en Chile, supo ver lo qué significaba Soiza Reilly en su tiempo. En un juicio de "El Mercurio" (1920), Armando Donoso escribía: "De nadie mejor que de Juan José de Soiza Reilly se podría decir que, como Alcibíades, supo a tiempo cortarle la cola a su perro. Su originalidad le ha ganado un justo renombre, pues todo en él es bizarro, hasta sus gafas quevedescas. Escribe a saltos, hace equilibrios con el estilo, observa con agudeza y dice todo lo que desea y a veces mucho más de lo que se debiera decir. No es romántico ni simbolista, ni parnasiano, ni es nada. Es ante todo él. Su personalidad está fuera de todo círculo o casillero".

Terminamos: en las palabras preliminares que luce el libro "Hombres Luminosos", recuerda Soiza Reilly que cuando era niño, en Paysandú, le preguntaba a la madre:

—¿Qué es mejor para la patria, que yo sea blanco o colorado?

A lo que la genitora respondía con ese amor tierno, protector y benéfico de las madres:

—Es mejor que seas uruguayo.

Muchos años llevábamos sin saber mayor cosa de quien tuvo una juventud intelectual envidiable. La nota periodística que le dio el triunfo, brillante y estridente, no era nota ya para años de madurez. Sabemos que viejo como era, se ganaba la vida principalmente en la Radio. No le hemos oído. Dicen que interesaba todavía. Feliz él.

Vicente A. SALAVERRI.

(Especial para EL DIA).

SOLTERON



DIBUJO DE VERNAZZA

JOSE María pega un hachazo y se queda con los ojos clavados. Clavados en cualquier cosa. Parece que todo lo atrajera; pero la verdad es que no mira nada. Lo que pasa, es que se deja arrastrar por la evocación de aquello. Le gusta recordarlo; es como si le endulzara la sangre. Sin ninguna duda, aquel asunto había venido a llenarle el alma. Porque él la tenía hueca; vacía de mucho tiempo. Ya era un cincuentón.

Hombre de poco mundo, este José María. Había llevado una vida de mancarrón. De esas vidas que no sirven para nada y que a cualquiera aburren de inútiles. Quien más, quien menos, tiene siempre alguna cosa en que dejarse ir; aunque más no sea, para que el tiempo le corra. De todo se le cruza a un hombre en el mundo. Pero a el no. Ni una mujer, ni una gauchada, ni un mal paso. Nada.

—Sos un hombre virgen.

Y era mismo.

*

José María era peón. No sabía desde cuándo. Ni se acordaba de haber sido otra cosa. Decía que era cuestión de sangre. Peón de cualquier cosa, era él. Que es como no ser nada. Se es lo que el patrón quiere. Y él había tenido la suerte de hallar siempre el patrón que le venía bien. Porque todos le servían. Sabiendo amoldarse no hay patrón malo.

—Custión de tomarle los punto. Si es chico, te agrandás. Si es grande, bueno, te agachás vos y salís ganando. La cosa asi, queda siempre pareja. Ta...

Además, para él no era negocio eso de andar trillando camino sin más ni más. Sabía de una changa y allá se largaba a reventa caballo. Sin muchas palabras, entraba por unos días. Y se quedaba una punta de años; ocho o diez, si se cuadraba. Casi siempre, enredados con uno, salían cincuenta quehaceres. Y él era peón para todo; eso es ser peón. Trabajando, lo demás es un cuento.

—Mirá ché: ande hay trabajo hay vida. Yo digo: hinchá el lomo y... sosegate vintén. Eh? Seguro que sí, hombrée!

Un peón modelo. Ni vicios chicos se le pegaban. Además, un reyuno en la brega. No conocía domingos; no veía dónde estaba el gusto de salir "a mirar el sol" calle afuera.

—Pero te vas a un baile... O t'echás un rial de prosa con las hijas de don fulano...

—Al patrón, atendé bien, hay qu'engordarle la vista. El domingo, en vez de un adelanto, pedile un quiai quihacer y calentarás banco...

*

Ya eran cincuenta años en el mismo tumbo. Le había empezado a entrar como una rabia de ser así. Y una necesidad de llenar con algo aquel hueco inmenso que se le había cavado en el alma. Llenarlo con algo que hiciera ruido; aunque fuera con una barbaridad. Algo en que recostarse, decía; recostarse a pensar. Claro, pensar como la gente, porque zonceras cualquiera piensa. Y él siempre había pensado puras zonceras.

*

—¿Querés decirme vos, como me voy a presentar así? ¿Con una mano atrás y l'otr'adelante, sin conocer a naides?

—Dentrás no más sin pedir permiso. Ahí no s'esige papeleta. Tas como en tu casa. Eso sí, no te abatatés; porque te agarran d'hijo.

La idea le gustó. Pero no dijo nada. Unas cuantas noches le estuvo dando vueltas en la cabeza. Hasta que al fin se decidió a tirar cálculos. El rancho de Valentina quedaba justo a la entrada del pueblo: cuanto se pasaba la herrería vieja, a la vuelta del boliche de Juan de Dios. Dos leguas clavadas. Al tranco, dos horas la gas de camino. Al tranco, para fijar bien los puntos. Y sacarles filo a las palabras. No era asunto de largarse así no más.

El golpe era llegar con la noche y bajarse en el boliche. Unas copas para correr el frío; mejor, para refrescar, porque era verano. Observar el movimiento, tirar algunas "verdes" para recoger "maduras". Que el tiempo... que la seca... que el caballo picazo... que las carreras en lo de Santos... que... bueno, que cualquier cosa. Después, había que salir del boliche recorrer un callejoncito húmedo, segundo farol, puerta verde, descascarada y con unos dibujos feos, llamador... Aquí se quedaba. Era duro salir de aquí. Ya se empezaba a suponer un mundo de macanas. Asunto muy serio, pasar de ahí. Asunto muy serio. Una cosa bárbara de serio. Entonces empezaba de nuevo: dos leguas, al tranco, el boliche, las carreras, el caballo picazo... Horas así. Hasta que se dormía.

*

José María arroja el hacha con fastidio y se tira boca arriba a la sombras de los coronillas. Mucha calor para estarse rompiendo el alma.

—Que se vayan a fréir batatas...!

Rasca con desgano la cabeza reseca de un pucho, lo enciende y se pone a pensar. Un mundo de cosas, piensa. Y si no fuera por el maldito trabajo, todo lo que pensaría... Hace días que terminó el rancho; pero recién el domingo Valentina contesta. Le había gustado la oferta y le pidió una semana de plazo para desatar. Se duerme pensando.

Julio C. DA ROSA.

(Especial para EL DIA).

LA MELANCOLIA DE LAS REVISTAS VIEJAS

LA insatisfacción perpetua, la desubicación que casi todos sentimos en algún momento, el desencuentro del hombre con las circunstancias que debe atravesar, origina el rencor hacia el presente y determina la actitud evasiva, ya sea hacia la evocación de un ayer que, acaso, "fue mejor" o hacia un pasado mañana donde tal vez quepa la esperanza. El pleito es con el *hoy*, este hoy fugaz e hiriente, en el que por fuerza, si el alma sólo invoca un pasado irrecuperable o un futuro problemático, vive como transeunte, siempre en la actitud provisoria del que está de paso, tránsfuga de una soledad interior que no se sacia, al descubrir renovadamente los fraudes del sueño.

Y también nosotros — ¿por qué no? —, víctimas de ese inconformismo, solemos dejar andar la imaginación en busca del rostro perdido de otras épocas que nos distraen de nuestras desavenencias con la realidad. Y por razones de oficio, sólo papeles y libros nos dan la escapatoria.

Duerme el tiempo en los anaqueles. Los viejos diarios, las revistas viejas, son pequeños mausoleos de una nostalgia que rara vez pone flores a sus muertos. Alguien a veces los visita, alguien va a ellos en procura de un dato o para amenizar un instante de tedio. A nosotros nos ha guiado siempre una curiosidad, una ansiedad distintas: el afán de rescatar, entre tantas cenizas, la chispa que tal vez perdura, el mensaje humano y sepultado en el anonimato, la piedad por las cosas que se olvidan.

El diario y la revista cumplen una misión necesaria, que en el rápido vaivén de los días suele pasar inadvertida. Porque en ellos incide el pulso de una hora, la novedad pasajera, lo que hoy es noticia para ser quizá historia mañana. Son los registradores de los acontecimientos, que van archivándose en un rincón de memorias, desplazados por el aluvión de hechos nuevos que los relegan en su marea sin pausa.

Pero allí queda la letra impresa, la foto viva, documentando el rastro de un momento superado.

Y hojeando una colección de "Mundial" que nos llegó a las manos — sí, aquella célebre en Hispanoamérica, la de Merelo y Guido, que dirigía Darío, donde colaborar equivalía a un espaldarazo porque detrás se erguía, tutelar, la silueta ilustre del indio nicaragüense — hemos vuelto a experimentar ese ahogo doloroso de las añoranzas.

Nos han salido a recibir los espectros de un mundo extinguido. Desde los mismos anuncios comerciales irradia la patética decoloración del almanaque. Los "modernísimos" aparatos para vistas estereoscópicas, abuelos de las películas tridimensionales; la propaganda de carrocerías de auto de gran lujo, con su empaque inevitable de alta carroza fúnebre, sus farolillos laterales y teléfono interno para hablar al conductor, y floreros y cortinillas: toda una sala rodante... invitando al "vértigo" del deporte automovilístico — y en algunos avisos llaman "advertidores" a las bocinas —; los perfumes con nombres sugestivos de intimidades lánguidas, perfumes para citas clandestinas, de las que sólo debe flotar en el aire la estela pecaminosa de un aroma que embriague los sentidos; avisos de polvos faciales hacedores de milagros estéticos; o de la mejor "eau de jeunesse" que podía competir con la fuente legendaria de la Florida en eso de asegurar la lozanía inmarcesible del rostro. O de la piedra-imán para la suerte en amor y fortuna, añagaza para cándidos sin fortuna ni amor que conservaran aún la fe en los talismanes... El espíritu de la propaganda deja traslucir el tono de una época. Hay una fibra romántica, dulzona, empalagosa, una tunantería ingenua, un atrevimiento innovador que hoy despierta sonrisas. Las mismas sonrisas, sin duda, que dentro de treinta o cincuenta años provocarán los trajes actuales y los autos de último modelo, y todo nuestro insufrible alarde de "funcionalismos" — porque hoy todo, sin duda hasta los ataúdes, es "funcional" —. Moda de una palabra, que como la moda de una ropa, entra a formar parte de las cosas caducables.

La revista es el vocero de una sociedad que sigue viviendo en ella. El diario, por su natural índole noticiosa, es más amplio, más universalizado, informa lo propio y lo ajeno, vuela y pasa. La revista suele coleccionarse, y su espíritu más restringido, más "especializado", pone de manifiesto con nitidez sectores definidos de actividades y de maneras de vivir y actuar. Si es literaria o artística, se vuelve cronista involuntaria de un proceso cultural. Si es de modas o de mundanidades, ilumina sobre los hábitos de un conjunto de seres que trajeron lo suyo de inquietud, pasión, entusiasmo, problematismos de toda especie. Pero es la vida lo que ellas recogieron, la vida que se fue gastando con el roce de cada día, y de las páginas que amarillean, sujetas como el individuo a la inexorable ley del envejecimiento, sigue saliendo al encuentro lo que fue una juventud, una audacia, una promesa de futuro. Allí la joven que dejó de existir hace mucho, perdura en su sonrisa quinceañera, o con el traje de novia que medio siglo de distancia vuelve anacrónico como las labores de ganchillo y las carpetas tejidas. Allí el joven frustrado a medio camino, cuyo elogio sin ratificación posterior nos apena, o el adolescente promisor que se hizo hombre ilustre, continúan mirando con ojos de veinte años que ya selló la muerte.

La revista exclusivamente literaria, aunque se duela del paso de los años, conserva siempre vigencia como testimonio de un fervor intelectual, expresivo de un aporte duradero de cultura noble y desinteresado, y resulta menos triste que las de "actualidades" que dejaron de serlo. La fotografía que fija lo perecedero, oprime en su rectángulo una emoción dulce y penosa, linda a veces con lo ridículo, conmueve siempre. Y muchas veces los artículos de inflamada retórica, con énfasis juvenil, con forzado o sincero apasionamiento, con candorosas gravedades, nos acercan el alma de una generación preterida, y de esa inmersión en el pasado salimos con un sabor agridulce como el que produce mirar, en la quietud definitiva de las vitrinas, los abanicos y encajes de las bisabuelas.

Y aunque lo anotado es aplicable a todas las publicaciones que atesoran un ayer abolido, en el caso de "Mundial" que particularizamos es más significativo, porque de sus hojas surgen nombres valiosos en las letras de España y de América. Junto a Rubén Darío, cima y compendio de renovaciones estéticas en lengua castellana, toda una constelación de figuras magnas, en el esplendor de su celebridad, participan en la aventura que hizo famosa a esta revista francoespañola.

Hallamos en ella escritores en los que culminaba un proceso de revolución poética, como Amado Nervo y Chocano, como Lugones y como Antonio y Manuel Machado, cada uno con aristas y modalidades creadoras bien definidas. Está ahí la primicia, como quien da una joya, de "Voces de Gesta" y de "La Marquesa Rosalinda", de Valle-Inclán, el heráldico orfebre lírico. Y Villaespesa y Manuel Ugarte y Pompeyo Gener y Arguedas y Huneeus y Sux y Alfonso Reyes que aún sigue siendo joven, toda una promoción insigne dejó su firma en la publicación de papel lujoso e ilustraciones llamativas, que fue en el continente la embajadora de una inquietud intelectual promovida por la avidez comerciante de los Guido. Pese a ello, como una pirueta de las musas, "Mundial" cumplió su cometido, se levantó por encima del propósito fenicio, y en ella alienta, décadas más tarde, la llamarada rectora de una generación esclarecida.

Acaso, de Darío, lo más importante que se da a los lectores, más que los poemas, que poco añaden a su gloria los ahí publicados, sea la serie de *Cabezas* que aparecen a partir de noviembre de 1912. La crónica andariega de Gómez-Carrillo y los cuentos juveniles donde Ventura García Calderón ya muestra su temple, o los poemas de un Juan Ramón Jiménez, que no ha cambiado aún la *g* por *j*, se alternan con entrevistas de artistas cotizadas como Polaire o Ida Rubinstein, como Sara Bernhart o la Réjane, como Madame Lantelme o Tórtola Valencia. Y Cleo de Mérode se presta para mirar con ojos abismales desde el anuncio de un espejo luminoso...

Sí; algo triste alienta en el revés de todos estos peregrinajes. Como revisar viejas fotos de familia, como visitar sepulcros abandonados. El recuerdo es una enfermedad perniciosa, que ni se cura ni nos mata. Y seguimos inventariando estos olvidos, con respeto filial, como un desagravio. Anotamos al paso los uruguayos que colaboraron — acaso omitiendo a alguno, pues la colección no está completa —. Rodó y Zorrilla de San Martín, Vasseur y Julio Herrera y Reissig, Acevedo Díaz y Pérez Petit, en la madurez del talento consagrado, junto a escritores más jóvenes, como Franco H. Rossi, como Julio J. Casal, alma bondadosa e inolvidable, como Hugo D. Barbagelata, aún hoy en pleno señorío intelectual, o como un Montiel Ballesteros que estaba estrenando su porvenir, dejaron en alto el nombre del país.



Un dibujo de Montenegro ilustrando dos estrofas de Darío, capta el espíritu de ese tiempo.

Pero el documento literario, ya lo dijimos, tiene vitalidad propia, y se defiende mejor del tiempo. A su lado, los trajes anticuados, los modelos en actitudes ingenuamente tentadoras, son un anacronismo delicioso que causa pena y sonrisa. Las modas — y los modelos — pasaron, las juventudes se fueron, las sonrisas picantes se borraron.

Y alguna vez alguien, como nosotros, los evoca y despierta, al experimentar esa punzada acongojante de una edad que no volverá más, alguien desanda el camino para detenerse un momento en ese desván del tiempo, alguien descubre en el ayer, como una herencia inesperada, el latido humano, con la misma emoción que provoca hallar flores secas entre las hojas de un viejo libro, alguien siente que se corporiza a su lado como presencia tangible, el fantasma huidizo de la melancolía.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



¿Divierten o entristecen hoy, estas marchitas audacias modisteriles de casi medio siglo atrás?

AVIGNON, UNA VISION MEDIEVAL

APUNTES DE VIAJE
DE PIERRE FOSSEY

PALACIO DE LOS PAPAS
De 1305 a 1378 AVIGNON fue la sede del cristianismo. En 1343, BENEDICTO XII terminó la construcción de este inmenso PALACIO-CASTILLO. Nos llegó casi intacto y es uno de los más imponentes edificios ojivales del siglo XIV.

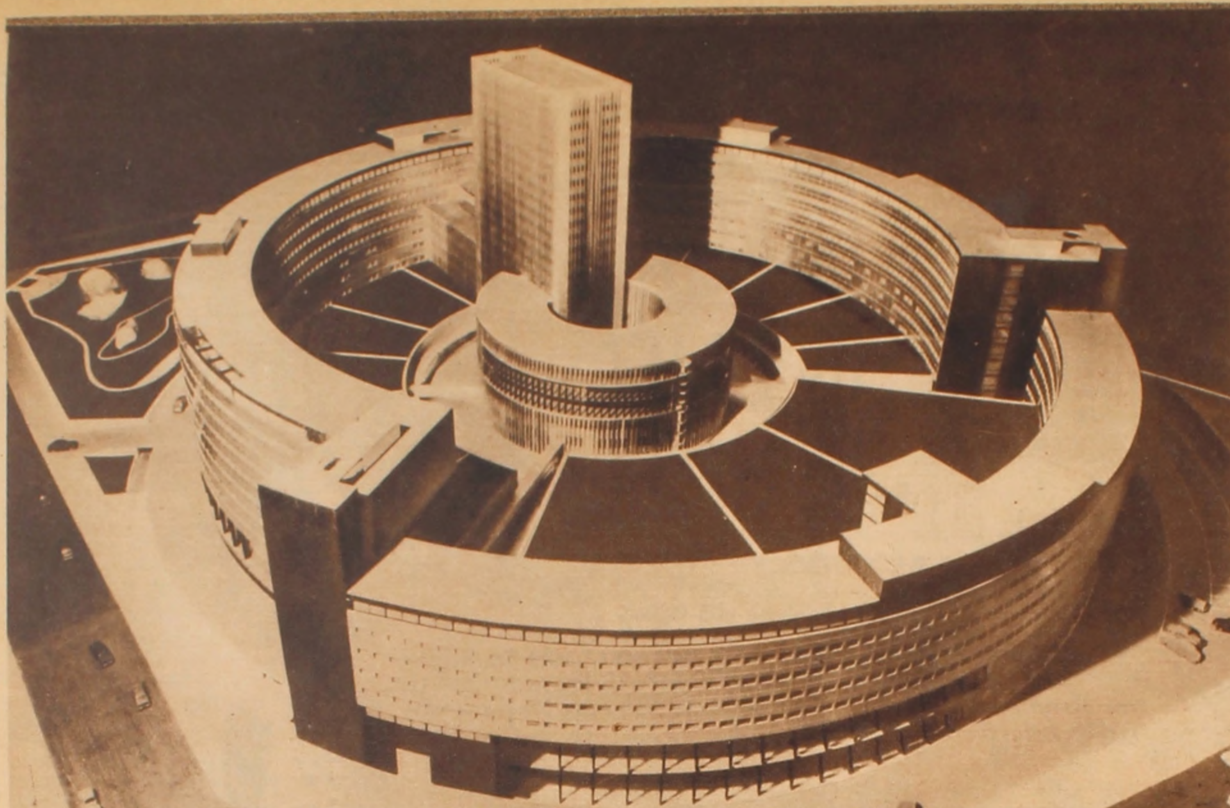
Torre de TROUILLAS de 52 metros de altura vista desde la orilla del RODANO.

El RODANO y el celebre puente de AVIGNON construido en 1180 por SAN BENEZET.

Capilla de SAN NICOLAS, de estilo románico, en medio del puente de SAN BENEZET.

Gran patio de honor del palacio.

PIERRE FOSSEY



"Maquette" del Palacio de la Radio, Arquitecto Henry Bernard.

UN PANORAMA DE ARQUITECTURA MODERNA

DE todas las artes, la arquitectura es sin duda aquella que el público desconoce más. Es en efecto difícil, para el profano, ahondar en los problemas que en materia de construcción plantean la realización técnica y la búsqueda estética. Michel Ragon lo ha comprendido tan bien que acaba de publicar una importante obra titulada "El libro de la arquitectura moderna", en el que precisamente intenta revelar a sus lectores las preocupaciones dominantes de los grandes arquitectos contemporáneos, al mismo tiempo que les brinda una vista de conjunto de las múltiples dudas que los constructores deben resolver tanto sobre el terreno práctico como sobre el técnico. Consagrando diversos capítulos al urbanismo, a la necesidad industrial, a la casa individual, a las unidades de habitación, al nuevo concepto sobre negocios, escuelas, usinas, museos, teatros, Michel Ragon no descuida ningún dominio donde la actividad de nuestros arquitectos se haya manifestado con más brillo. De este modo, cuando evoca a los principales creadores de vanguardia que fueron o son todavía personalidades como Perret, Wright Gropius, Le Corbusier o Neutra, insiste por igual en la audacia de sus concepciones como en la calidad de los esfuerzos que realizaron para descubrir un estilo de construcción que corresponda a las realidades del mundo actual. Y es ese estilo de construcción "funcional", "orgánica", "estructural", que se ha propuesto estudiar en su libro.

El drama de nuestro tiempo, dícese frecuentemente, es la "standardización" el colectivismo, la centralización. Se sabe, de acuerdo con encuestas populares, que el tipo de habitación ideal es la pequeña villa, el pabellón rodeado de jardín, que el sueño de la mayoría es aislarse en el seno de la colectividad, no estar sometido a la uniformidad de la existencia tal como la sugiere la vista de un hormiguero. Pero se sabe igualmente que por razones de economía, de espacio y de tiempo, la dispersión de los alojamientos tal como aparece en los suburbios no responde a las exigencias de la vida actual. Es por eso, como indica Ragon, "tomando en cuenta el deseo de la pequeña villa, Le Corbusier ideó en 1922, el inmueble-villa... y en la Unidad de Alojamiento de Marsella ha conservado esa idea de libertad individual en una organización colectiva", poseyendo todos los apartamientos un piso, como las casas tradicionales y estando instaladas en la armazón de cemento sin tocarse unos con otros. Este ejemplo muestra a las claras la voluntad de los constructores de conciliar lo individual con lo colectivo sin que el uno amenace ahogar al otro.

Se ha criticado severamente la estética de la arquitectura moderna; se le ha reprochado sobre todo no ser sino el acabado de una técnica, de tender a lo útil más que a lo bello y lo noble, de no hablar a la sensibilidad humana. Ragon condena con justa razón esta estrechez de espíritu; y subraya: "Horizontalidad de las líneas, transparencia, claridad, desnudez, materiales desnudos, ímpetu de líneas verticales y rectas, esa es a la vez la estética de la arquitectura griega antigua y de la arquitectura del siglo XX. Es una arquitectura de volúmenes elementales: prismas, cubos, cilindros, esferas, que están en la base de las construcciones griegas, egipcias, romanas". Y si cita, entre los arquitectos recientes que como Bernard Zehrfuss, toman la delantera en Francia, los nombres de Dubuisson, Vago, Gillet, Sirvin, Le Caisne, Sive, Ginsberg, Simon, Prent, López, no omite hablar de los jóvenes arquitectos de otras veintidós naciones, que contribuyen aportando al arte de construir un espíritu resueltamente moderno.

Con esta obra, cuyos méritos no podríamos recalcar bastante, Michel Ragon nos presenta un verdadero panorama de la nueva arquitectura, y nos deja entrever lo que será acaso la fisonomía del mundo de mañana.

Jean-Claude IBERT
(S.P.E.F. en exclusividad)



Inmueble de 25 pisos. Arquitecto: Eduard Albert.

TARZAN VIAJÓ DESPREOCUPADAMENTE HACIA LA COSTA, HASTA UNA PEQUEÑA COMUNIDAD DE PESCADORES -- DESCONOCIENDO QUE LO GUIABA EL DESTINO---

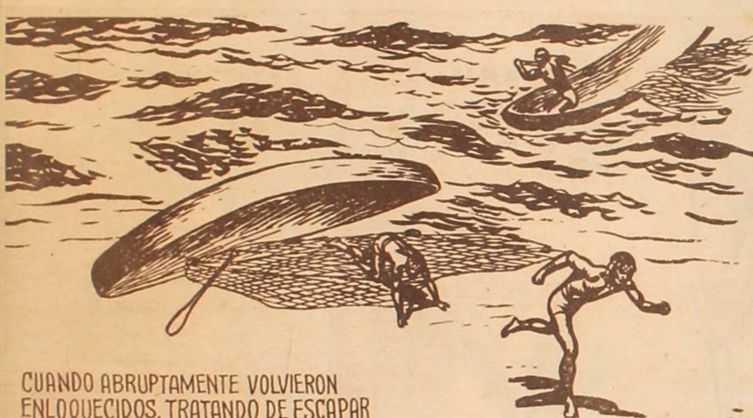
Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

PARA RESOLVER LA INCÓGNITA DE UN MISTERIOSO TERROR -- **TA HU!**













Tapados

brillantes novedades en modelos, calidades y colores para el

OTOÑO é INVIERNO

que presentan nuestras 3 casas.

①

1 - Tapado que se destaca por moderno canesú en la espalda formando pliegues, confeccionado en paño Mohair. Talle 52 $ 180.00, talles 44 al 50 **$ 170.00**

②

2 - Práctico y moderno es este tapado en gamuza, con tablón en la espalda, en colores del momento. Talles 52 y 54 $ 105.00, talles 46 al 50 **$ 95.00**

③

3 - Distinguido modelo clásico con amplio cuello y solapa, martingala atrás, está realizado en Mohair el paño que se insinúa como la gran moda. Talles 52 $ 280.00, talles 44 al 50 **$ 265.00**

④

4 - Elegante tapado sport en Pelo de Camello, tiene bolsillos aplicados y complementando luce novedosa manga. Talles 44 al 50 **$ 175.00**

⑤

5 - Presentamos tapado en duvetine de línea recta, que se realza por su novedoso cuello. Talle 52 $ 165.00, talles 44 al 50 **$ 155.00**

⑥

6 - Tapado de gran vestir confeccionado en gamuza Melange, de línea recta, lo adorna cuello de piel. Talle 52 $ 255.00, talles 44 al 50 **$ 240.00**

IMPORTANTE:
Nuestras confecciones no sufren recargos por los arreglos que haya que hacerles.

CAPURRO & Cía

Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.

50 AÑOS 1909-1959

CASA MATRIZ AV. AGRACIADA 2302
esq. Marcelino Sosa - Tel. 20 09 61

SUCURSAL GOES AV. GRAL. FLORES 2341 esq. M. Berthelot - Tel. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUCURSAL CORDON AV. 18 DE JULIO 1601 esq. Carlos Roxlo - Tel. 40 41 11

PROGRAMACION DE CASA SOLER EN SAETA T.V. - Lunes y Miércoles a las 20 hs. presenta el escenario de variedades y los Martes a las 21 y 15 hs. la gran Tele revista con las mejores atracciones de la T.V.